

Presentación del libro: Breve historia de la literatura costarricense, de Álvaro Quesada Soto

Dra. Ruth Cubillo Paniagua¹

Muy buenas noches. En primer lugar, quiero agradecer a la Dra. Ethel García, Directora del CIICLA, por haberme invitado a participar en la presentación de este libro. Para mí, estar en este lugar hoy significa de alguna manera realizar un viaje hacia el pasado, por algunas razones que quiero explicarles muy brevemente: primero, implica recordar a mi profesor Álvaro Quesada, pero no solo en su faceta de profesor, sino también en su faceta de investigador del naciente Programa de Investigaciones en Id. y Cultura Latinoamericanas, allá por 1988, de consejero y guía académico (él había repasado muchas veces de ida y regreso los caminos por los cuales yo apenas estaba comenzado a transitar), de gran charlador, de profundo y reflexivo crítico de esta sociedad costarricense, de amigo... En segundo lugar, significa reencontrarme con una red de colegas y amigos que se tejió hace casi veinte años y que a mí me ha dejado dos herencias fundamentales: el interés por el estudio de las revistas culturales (labor en la cual cada vez

estoy más de lleno), inculcado en buena medida por el propio Álvaro, y las relaciones cercanas con la historia, en especial con un historiador a quien, paradójicamente, me presentó el colega Leonardo Sancho un 15 de setiembre hace 18 años.

En este contexto, no puedo dejar de recordar a María Salvadora Ortiz, quien me llevó a trabajar como asistente, primero a la Maestría en Literatura y luego al Programa de Investigación por cuya consolidación como Centro ella tanto trabajó. María fue por muchos años el alma de todo esto y fue, junto con Álvaro, don Gastón, Ligia Bolaños, Emilia Macaya, María Pérez e incluso nuestra actual Rectora, Yamileth González, entre otros colegas, quien comenzó a tejer hace dos décadas esta red de intelectuales que hoy se aglutinan en el CIICLA.

Después de esta digresión un tanto nostálgica, voy ahora a centrarme en el comentario del libro que nos ha reunido aquí hoy, en especial en un aspecto que me interesa des-

¹ Docente e investigadora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la UCR y coordinadora del Programa de Investigaciones Literarias de esa misma Unidad Académica.

tacar de ese texto en particular, pero en general de los métodos de análisis empleados por el profesor Quesada Soto. Me refiero a la incorporación que realiza este autor de nuevas fuentes historiográficas para el análisis de los textos literarios, pues tenía muy claro que para desarrollar estudios literarios contextualizados e intertextualizados no es suficiente con el análisis del texto literario propiamente dicho. Generalmente son los historiadores quienes se acercan a la literatura en busca de nuevas fuentes, siempre, eso sí, asumiéndola como una fuente complementaria de “las fuentes de verdad”; sin embargo, pocas veces los críticos literarios asumen el reto de caminar hacia la historia, con lo cual sus análisis continúan siendo bastante inmanentistas. En honor a la verdad, debo decir que es más “fácil” escribir un artículo utilizando esta metodología inmanentista que aventurarse a hacerlo entablando un diálogo con otras disciplinas como la historia, la sociología o la psicología.

La forma de abordar la literatura costarricense propuesta por Quesada también representa un destacado aporte a la conformación o fijación del corpus de esta literatura. Como sabemos, el proceso de constitución de un canon de autores “clásicos”, desde la óptica de la historiografía literaria positivista y partiendo de que en tales autores se deposita el “espíritu nacional”, permitió agrupar la producción textual a partir de los objetivos primordiales del proyecto político de identidad nacional. Esta

misma lógica fue la que excluyó del canon a todo autor que no respondiera al sistema de valores ideológicos y estéticos empleado para formarlo (me refiero al canon), es decir, muchos autores han sido invisibilizados e incluso excluidos del panorama literario costarricense. Es aquí donde resulta relevante la labor de recuperación efectuada por autores como Álvaro Quesada, Flora Ovares, Margarita Rojas, Albino Chacón y Magda Zavala, entre otros (en su mayoría docentes e investigadores de la UNA), labor que, como dije, ha permitido a la historiografía literaria costarricense ampliar significativamente el corpus de la literatura nacional con respecto, por ejemplo, al postulado en su momento por don Abelardo Bonilla. Investigaciones como las efectuadas por Álvaro Quesada constituyen una significativa contribución a este proceso mediante el cual el corpus posible se va transformando en un corpus accesible.

Como investigador, Álvaro Quesada logró consolidar una manera de acercarse a la literatura que por lo general resulta difícil de alcanzar; se trata del equilibrio entre el estudio riguroso y la aplicación de las teorías literarias que facilitan el análisis “científico” de los textos literarios (en el caso de Álvaro, fue quien primero profundizó en los planteamientos de Mijaíl Bajtín sobre polifonía, dialogismo y procesos de carnavalización) y dos tareas que considero fundamentales para dicho análisis: la contextualización y la intertextualización de tales textos. Muchas veces los estu-

diantes de Literatura de esta Universidad están más preocupados por encontrar una “buena teoría” para analizar “cualquier texto” que por encontrar un “buen texto” para luego hallar una “teoría adecuada” que les brinde herramientas para la crítica.

En esta *Breve historia de la literatura costarricense* Álvaro logra condensar muy acertadamente, en poco más de 100 páginas, los poco más de cien años de literatura nacional. Los títulos que encabezan cada uno de los seis capítulos de este libro son, bien entendidos, una línea del tiempo que recorre el panorama literario, social, histórico y cultural de Costa Rica entre las últimas décadas del siglo XIX y la década final del siglo XX: “El Olimpo: la forja de una identidad”(de 1890 a 1910, donde se incluye la conformación del estado oligárquico liberal; “La unidad escindida” (de 1910 a 1930, período en que surge y se consolida la llamada “Generación del Repertorio Americano); “Crisis y quiebra” (de 1930 a 1940, período marcado por acontecimientos mundiales de gran impacto como la crisis de 1929 y el inicio de la segunda guerra mundial, lo cual generó profundos cambios en diversos ámbitos de este país); “Reforma, revolución y vanguardia” (de 1940 a 1950, década en la que destaca el surgimiento de la “generación del 40, con su característica forma de percibir la realidad); “La Segunda República” (de 1950 a 1980, el período más largo de todos, caracterizado por la gran diversidad de reformas propiciadas por el advenimiento de la segunda república y

los ecos de tales reformas en el ámbito cultural de este país), y “Globalización y posmodernidad” (de 1980 al 2000, donde se describe el paso de un viejo orden hacia una nueva forma de concebir el mundo y al individuo en tanto que sujeto social).

Los cinco primeros capítulos los conocemos desde el año 2000, cuando la Editorial Porvenir publicó la primera edición de esta *Breve historia*; sin embargo, en esta nueva edición que hoy conocemos, se incluye el sexto capítulo que, como indican Amalia Chaverri y Gastón Gaínza en la presentación, Álvaro había dejado listo para la imprenta.

Me parece importante referirme precisamente a ese sexto capítulo, “Globalización y posmodernidad”, no solo porque es el recién llegado al libro, sino porque en él Quesada realiza, con una claridad diáfana, un análisis que bien podríamos ubicar en la esfera política e ideológica, acerca de la sociedad costarricense de finales del siglo XX e inicios del XXI, análisis que cobra hoy especial relevancia para nosotros como ciudadanos de este país.

Para que el lector pueda comprender con mayor facilidad por qué los escritores incluidos en esta “última” generación (los que comienzan a publicar hacia 1980) presentan una literatura caracterizada por la visión crítica de la sociedad y por el desencanto, con el uso de herramientas narrativas tales como el humor corrosivo, la sátira y la parodia de los

discursos oficiales, Quesada describe cómo está siendo --desde su perspectiva-- el cambio de siglo en Tiquicia, y explica las razones por las cuales estos escritores tienen suficientes justificaciones para estar desencantados de la sociedad en la que les ha tocado vivir; es decir, nos describe con detalle pero sucintamente el doloroso tránsito de la modernidad a la posmodernidad, experimentado de diversas maneras por cada uno de nosotros (creo que todos los aquí presentes nacimos el siglo pasado y tenemos la edad suficiente para haber sido testigos de ese tránsito).

Esta visión de nuestra sociedad que nos ofrece Álvaro se parece mucho a él mismo, es decir, resulta un tanto pesimista, desengañada y muy crítica. Transcribo unos párrafos del sexto capítulo para que entendamos mejor a qué me refiero:

“El monopolio del poder, la riqueza, el cinismo, la corrupción y la impunidad de los de arriba, contrasta con el sentimiento de deterioro, malestar, impotencia y enajenación de los de abajo. La ausencia de una opción alternativa al espectáculo de un país agobiado por una deuda impagable y un deterioro vertiginoso, al que las relaciones de poder mundial, así como los grupos dominantes y los políticos criollos (...) ofrecen como única solución el “sacrificio” o la venta del país con ellos como intermediarios, refuerzan el sentimiento de enajenación, la sensación de vivir como un desterrado en su propia patria, el rechazo con respecto a los que ejercen el poder

y al nuevo orden social en construcción.” (Quesada, 2008: 128)

No sé en qué año habrá escrito Álvaro estas palabras, pero cuán actuales y pertinentes nos parecen hoy, a la luz de procesos tan discutibles como la aprobación del Tratado de Libre Comercio entre Costa Rica y EEUU, por poner solo un ejemplo.

Esta misma cita nos permite ilustrar muy bien algo que mencionamos líneas atrás: la necesidad de que el crítico literario realice una adecuada contextualización de los textos que está analizando; Álvaro tuvo una extraordinaria capacidad para realizar esto porque comprendió muy temprano que el diálogo (buena enseñanza de Bajtín) con otras disciplinas o campos del saber es indispensable cuando se quiere efectuar un análisis riguroso de cualquier texto llamado literario.

Considero que nosotros, como investigadores de la literatura, debemos asumir el reto de poner en práctica esta y otras propuestas desarrolladas con tanto éxito por Álvaro Quesada como investigador.